

EL ARTE, LA CIENCIA, LA MORAL

La actividad espiritual del hombre se manifiesta en tres formas: el Arte, la Ciencia, la Moral. Corresponden a las tres clásicas facultades del alma humana: sensibilidad, inteligencia, voluntad.

El objeto de estas líneas es hacer ver y comparar la particular característica de cada una de estas actividades en cuanto a su evolución o desarrollo, y siempre en su aspecto de expresión formal o técnica. He aquí los términos de la tesis que pretendemos sentar:

A) El Arte nace, crece y se desarrolla hasta llegar a un definitivo nivel en el que vive y permanece, sin superarlo, por todos los días que seguirán, dotado, siempre, de glorioso y sugestivo encanto.

La evolución del Arte tiene, pues, fin.

B) La Ciencia, desde su remoto origen, enriquece, cada hora, el tesoro de su sabiduría, sin que pueda jamás llegar ni al total dominio de los secretos de la Naturaleza, ni al absoluto conocimiento de la verdad.

La evolución de la Ciencia no tiene, pues, fin.

C) Las leyes de la Moral son inmanentes, con el hombre nacieron, y con igual medida y condición seguirán acompañando y rigiendo su existencia, ayer y hoy como mañana, sin cambio ni evolución alguna.

La Moral no tiene, pues, ni principio ni fin.

No es difícil apoyar con pruebas estas conclusiones.

Helas aquí: Entre las primeras expresiones del genio espiritual del hombre están las manifestaciones artísticas. Estas se presentan en las formas propias de las diferentes artes: poesía, pintura y escultura, música, arquitectura. Los pueblos primitivos realizaron sus obras de arte de acuerdo con la mayor

o menor evolución de su mente creadora, y con los medios que el estado de su civilización les proporcionaba. Por de pronto, el elemento que tenían más a mano era la palabra. Y este medio de expresión había alcanzado, desde las más antiguas civilizaciones, un grado, casi podríamos decir, perfecto, definitivo. Por eso, ya en épocas lejanas, aparecieron poemas impresionantes por sus grandiosas concepciones, como los de la India, en Oriente; otros de profunda humanidad y poesía, como los cantos de la Biblia, del pueblo hebreo; o de heroica acción como la “Ilíada” y la “Odisea” de la antigua Grecia. Ya estas obras llegaron a la cima de la perfección y belleza como creaciones del arte de la poesía, tanto en su idea como en su forma de expresión externa. Y en este aspecto no han sido superadas por las que posteriormente se crearon, por geniales que éstas hayan sido: ni por una “Divina Comedia” de Dante, en la Edad Media, ni por una “Atlántida” de Verdaguer, en los tiempos modernos. Y lo mismo podemos afirmar refiriéndonos a las más altas producciones del Teatro: mayor perfección en la trama escénica, y más honda emoción dramática que la que se encierra en el “Edipo Rey” de Sófocles, no se encontrará ni en las tragedias de Shakespeare, ni en los dramas de Calderón. Lo que demuestra que cuando la creación poética alcanzó la cima, ésta pudo ser igualada, pero no superada.

En la poesía, pues, se ve clara la verdad de la tesis planteada de que la evolución del arte tiene fin. Y ha sido más fácil constatarlo en esta arte bella porque, a causa de la larga sucesión de siglos, a través de los cuales se ha desarrollado, ha sido posible examinar y comparar tantas de sus inmortales producciones.

Veamos como se ha desarrollado la evolución en las demás artes. La escultura tuvo ya en las lejanas civilizaciones, como la egipcia o la persa, manifestaciones de gran valor. Pero su superior nivel, como es sabido, lo alcanzó durante la Grecia clásica. Y este nivel no ha sido sobrepasado ni por los genios de la Italia del “Quattrocento”, como un Donatello, ni aún igualado por los modernos, un Rodin inclusive. Y es que los medios de realización, la piedra o el mármol, el escopleo y el martillo, no

eran difíciles de tener y de usar, y por eso, ya en época temprana, el genio del hombre pudo emplearlos para realizar sus más perfectas obras en el arte de la escultura.

No ocurrió lo mismo con la pintura. Percibir la fineza de los matices, la armonía de las tonalidades del color, los contrastes de luz y sombra, y fijarlos sobre una superficie de dos dimensiones, de tal suerte que en sus líneas y en sus manchas se represente el relieve de los objetos y la profundidad del espacio, no era cosa muy accesible a la capacidad mental del hombre de las antiguas civilizaciones. Ni los mismos medios de ejecución, cual la materialidad de los colores y demás elementos del oficio, estarían en situación de ser producidos y, por lo tanto, de poder ser utilizados por el artista. Ha sido necesario el paso de largos siglos para que el hombre alcanzara un estado en que sus condiciones espirituales, y al propio tiempo culturales y materiales, le permitieran llevar a cabo obras de pintura en toda su perfección, tanto en la idea inspiradora como en la técnica de realización. Y esto se produjo al abrirse a la civilización occidental el esplendor del Renacimiento italiano, con tan abundante pléyade de pintores geniales, entre los que podría señalarse a Rafael como prototipo, y completarse y culminar luego, con las escuelas flamenca y española de las cuales serían Rubens y Velázquez figuras representativas.

Así fue como la pintura llegó a su cima, tarde, pero en tal grado definitiva, que no pudo ser superada luego, ni por el academicismo con su fría perfección externa, ni por el impresionismo que basara el valor de su pintura en la pura vibración de la luz. También, pues, la evolución del Arte en sus formas, pintura y escultura, tiene fin.

Apareció, más adelante, el luminoso despertar de la música. Este mágico arte yacía como en sueño de larva durante el larguísimo correr de la Edad Antigua y de casi toda la Edad Media. ¿Dónde están las obras musicales que creara el hombre a través de este inacabable lapso de tiempo, sino solo en las fantasías que, como ideas premonitorias de lo que habría de ser un día, se encuentran en los escritos de los poetas y los filósofos de aquellas épocas? Pero viene la hora en que despierta a la

vida. En el horizonte del arte aparece un resplendor nuevo que se hace cada vez más brillante y extendido. Es el sentido de la Armonía. Era el germen que había de dar impulso y poder a la música para llevarla a su portentoso desarrollo. Y este continúa con un ímpetu impresionante. Y llega al máximo de su evolución hacia fines del siglo XIX, con las obras de los grandes compositores románticos que supieron interpretar la verdadera esencia del arte de la Música: el romanticismo. Músicos sin vena apoyados por falsos intelectuales y romos estetas, han pretendido continuar y hasta superar la evolución del arte musical siguiendo por caminos antiartísticos, vacíos de emoción humana que es la única fuente de creación artística, y sirviéndose de inocentes combinaciones intelectuales en lugar de la viva inspiración sensible.

Una prueba clara del definitivo nivel alcanzado por la evolución de la música la encontramos, también, en la perfección lograda por los elementos de ejecución musical y, precisamente, hacia un mismo tiempo. El más maravilloso de ellos es la "Orquesta Sinfónica". No hay otro medio de realización de una obra de arte que le sea comparable como no fuera el edificio, que sobrecoge e impone, de una catedral gótica. Hace más de un siglo que la orquesta alcanzó su estado de perfección definitiva y en él permanece. También, más o menos contemporáneamente, se creó el "Pianoforte", el otro elemento que al lado de la orquesta, posee mayor valor y capacidad para la interpretación y ejecución de las obras musicales. Y ha sido tal su perfección, que ha quedado como la forma superior y definitiva de los instrumentos de clave, hasta tal punto que, desde su creación, hace más de un siglo, no ha sido modificado. El hecho, pues, de que a un propio tiempo alcanzasen su cima la creación musical y los elementos de ejecución, es otra prueba de que, también en su manifestación musical, la evolución del arte tiene fin.

En cuanto a la arquitectura, ha sido tantas y tan impresionantes sus manifestaciones a través de razas y civilizaciones diversas en lugar y tiempo —como el templo griego, con su clásica serenidad; como la catedral gótica, con su profunda un-

ción; como los señoriales palacios de Italia, con la belleza y equilibrio de sus proporciones y la riqueza de su ornamentación— que todo ello nos haría pensar que la arquitectura habría llegado a formas definitivas por caminos diversos y en épocas distintas. Además, tales construcciones, a pesar de su variedad de estilo, fueron realizadas empleando los mismos materiales, la piedra y el mármol, y su estructura y hasta su concepción, conformadas a las leyes de resistencia y equilibrio que de tales elementos se derivan. Esta unidad de medios podría también apoyar la idea de que la arquitectura, en cada una de sus diversas formas —que no eran, una evolución de la otra— había llegado a la cima. Pero, por esta misma razón, y por el hecho del descubrimiento de nuevos materiales se puede deducir que la arquitectura pueda ser capaz de florecer en una nueva rama que, como sus hermanas, llegara también a culminar y fijarse en un nivel definitivo.

Todo lo expuesto hasta aquí prueba, pues, que la evolución del arte, en sus varias manifestaciones, tiene fin.

Hablemos ahora de la Ciencia. Basta el solo enunciado de que el progreso de esta actividad intelectual humana no tiene fin, para que, por su clara evidencia, esta proposición sea aceptada. Sabido es que el hombre, desde tiempo inmemorial, ha ido acrecentando el tesoro de sus conocimientos, en las ciencias puras, las naturales, las aplicadas. Cada descubrimiento abre nuevas vistas al campo de lo desconocido, con lo que los temas de investigación, los problemas a resolver, aumentan en progresión geométrica. ¿Cómo podríamos, ni en sueños, imaginar que un día el hombre habría de llegar al término de esta tarea que se le presenta a cada hora más inasequible?

La Ciencia, pues, no tiene fin.

En cambio, la Moral no tiene ni principio ni fin. Sus leyes son inmanentes. Los actos del bien, los dictados de la justicia, no se establecieron un día para crecer, desenvolverse, variar según circunstancias de época o de estado, más o menos evolucionado, de la sociedad humana. Siempre los diez mandamientos de las Tablas de la Ley serán igualmente válidos para todos los hombres y todos los tiempos. No cabe suponer que lo que es

bueno hoy para un pueblo pueda ser malo mañana para otro, o al contrario. Ni una mayor cultura ni una más alta evolución espiritual, ni unas más avanzadas reformas sociales, podrán cambiar el sentido de las leyes de la Moral. Pues, aunque en un lugar o un pueblo, en un tiempo alejado o cercano, se practicasen actos o costumbres contrarios a estas leyes, no dejarán, por el solo hecho de ser aceptados por una comunidad, de merecer el repudio general y la sanción correspondiente de parte de la sociedad civilizada y normal.

Por esto podemos afirmar que la Moral no tiene ni principio ni fin.

Con todo lo expuesto creemos, pues, haber probado la tesis enunciada al principio de este escrito.

Pero puesto que la evolución, cada vez mayor, de la Ciencia es tan evidente, gentes de pensamiento superficial han creído que, como ella, también había de ser siempre ascendente la evolución de las otras actividades del espíritu. Y propugnan que el Arte ha de correr al lado del progreso técnico, y ha de ser intérprete de los azares y las angustias del existir de la sociedad humana. No es fácil saber discernir entre los diferentes matices de las actividades espirituales y sí lo es el dejarse llevar por aparentes paralelismos. La realidad es que en las altas esferas de la actividad humana las tres facultades obran, constantemente y de consuno, creando el estado más trascendente del existir del hombre. Así en el campo del arte la sensibilidad crea guiada por la inteligencia y sostenida por la voluntad; en la labor científica trabaja la inteligencia iluminada por rayos de inspiración sensible.

Y de esta manera llega el Arte a su estado adulto, donde persiste en su gloriosa actuación; la Moral permanece en inalterable juventud; la Ciencia, poseída de ansia ambiciosa y potente, crece sin cesar persiguiendo una madurez inalcanzable.

JAIME PAHISSA

Pte. Luis Sáenz Peña 141. 2.º D,
Buenos Aires